



El «post» de la postmodernidad. Una poética postmodernista

Jorge Fernández Gonzalo

jfgvk@hotmail.com

A más de treinta años desde que se preconizara el nuevo cambio de paradigma o la “condición” histórica del postmodernismo como una forma de ruptura con respecto a las formas establecidas por la modernidad (desde Descartes hasta el siglo XX), se hace totalmente necesario una revisión de su alcance e intenciones, ya cuando las principales voces han desaparecido del debate filosófico (Foucault, Lyotard, Deleuze, Derrida, Baudrillard) sin dar lugar, de manera clara, a continuadores con el mismo afán rupturista, sino a toda una gama de adeptos ya cómodamente asentados en estrategias que no les pertenecen y que habrían heredado sin una posición igualmente aperturista, transformadora. No obstante, los basamentos sobre los que se construye (y se disipan) los pilares de la condición posmoderna suponían una sucesión de los forjados por los famosos “filósofos de la sospecha” (Ricoeur, 2003: 95) como son Nietzsche, Freud y Marx: la postmodernidad de las últimas décadas del siglo XX no sería otra cosa que el asentamiento, aun con ciertos rasgos nomádicos más acentuados si cabe, de algunas cuestiones ya trazadas por estos pensadores, principalmente por el alemán Friedrich Nietzsche.

Pareciera, pues, que de la postmodernidad como no-programa, como movimiento de apertura y dinamización de las principales opciones de la metafísica clásica, sólo hubiera quedado el *nombre*, un cúmulo de intenciones no resueltas que han perdido fuelle, que han sucumbido lentamente al poder hasta establecerse como un discurso monolítico autogenerativo. Un compendio de citas, nombres, fragmentos, que se complementan en una amalgama de diferentes juegos del lenguaje pero que poco a poco van plegándose sobre sí mismos, impidiendo que se incorporen posicionamientos novedosos, discursos enriquecedores que dieran un nuevo impulso a las propuestas aún vigentes de la primera nómina de autores.

Y sin embargo, aún quedan por resolver algunos conflictos de base. ¿Qué significa la postmodernidad? ¿Qué relación entrafía con respecto a los modelos anteriores de pensamiento? ¿Cuáles son las condiciones de veracidad de su discurso, qué sentido tiene la partícula *post* con que se vehicula el término? Nuestra aproximación al conflicto no deja de ser un mínimo resorte más en las circunvoluciones que abren estas incógnitas, un juego más en la espiral de discursos que clarifican, o entorpecen, la concepción de lo postmoderno y los rasgos inabarcables de su definición.

1. El Fin de los Metarrelatos

El debate sobre el ámbito de lo postmoderno saltó a la escena filosófica con contundencia a finales de los años 70, a partir del famoso libro de François Lyotard *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, en donde se afirmaba que la postmodernidad “designa el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas del juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX” (2004: 9) hasta el punto de deslegitimar los “metarrelatos” de los discursos dominantes (*Ibíd.*). Los esquemas discursivos de la ciencia son sólo *fábulas*

que permiten acceder a las cosas desde unas estrategias ficcionales inherentes a los mecanismos del relato, construcciones que alteran nuestro paradigma de comprensión, nuestra *realidad*, y que unifican en un modelo único de mundo nuestra experiencia, frente a un (post)moderno conjunto de juegos de lenguaje que se aúnan sin privilegiar ni yuxtaponer toda la gama de paradigmas posibles.

Bajo el signo de la postmodernidad se alteran las condiciones ontológicas de lo verdadero, de lo histórico, así como nuestra concepción del ser, gracias a una nueva propuesta filosófica fundada en lo heterogéneo, la pluralidad, la diversidad, lo inestable. En el paradigma postmoderno, el concepto de *verdad* ha sido desplazado a un segundo plano, o radicalmente anulado del horizonte filosófico. No importa decir la verdad; importa abrir el discurso, abrir la posibilidad misma de decir, hasta más allá de los límites que le corresponden, en un juego o azar discursivo que disemina y abre las modalidades del pensamiento (Bataille, Mallarmé). Ésa ha sido la máxima de la literatura, la vía abierta por la imaginación creadora, el desafío del pensamiento actual, el *lenguaje de la transgresión* que Foucault pretendía buscar en sus escritos (cfr. 1999: 171) y que, como tal lenguaje, no se funda sino en lo disperso, en el fragmentarismo de Nietzsche y Benjamin, en las briznas de discursos que han dejado Bataille, Derrida o Blanchot, y que todavía hay que seguir componiendo, aún bajo esa misma forma de fragmentación característica, porque rescribir lo transgresor desde las coordenadas de los discursos de poder acabaría por desintegrarlo. En este punto, hace su aparición el discurso poético como discurso que “sólo puede proponerse como fragmento, como prisma de lenguaje” (Sánchez Robayna, 1985: 127), pues por definición “cada poema no es sino el fragmento del poema global que se escribe en la Historia” (Renard, 1982: 62). Frente al mito occidental de una escritura en constante diálogo consigo misma (cfr. Rorty, 1989, 351-355), la poesía, en su apelación a lo fragmentario, se intercala en la continuidad del diálogo occidental, lo transgrede, en un juego de lenguaje que reafirma las condiciones de la escritura postmoderna y su necesidad de habitar en la diferencia, de escribirse en los huecos que ha dejado la relación entre los discursos y el poder. Si Occidente es una escritura, un continuo decir sin interrupción, que mira más por instaurar las circunvoluciones de su discurso que por conquistar nuevos espacios, la poesía no sólo supone un intento de hallar la salida, la constatación de sus límites, sino una huida total de los discursos, el abandono del decir encadenado que instaura una tradición de textos, para aparecerse como *enunciado*, *acontecimiento*, fuera del discurso y vivo en la realidad contextual. Si la poesía no dice nada de la realidad, como se ha pretendido ver en las aproximaciones críticas del siglo XX (cfr. Bataille, 1981) se debe a su lucha por hacerse ella misma real, por escapar del marco del texto, por traspasar los límites de un discurso continuado y *osificado*:

“aun desde el punto de vista occidental es necesario admitir que la palabra se ha osificado, que los vocablos, todos los vocablos, se han helado y envarado en su propia significación, en una terminología esquemática y restringida [...]. Se les escapa todo cuanto se refiere a la enunciación particular de una palabra y a la vibración que puede alcanzar en el espacio; y consecuentemente todo cuanto esto pueda sumar al pensamiento. La palabra así entendida tiene apenas un valor discursivo, es decir, de elucidación. Y en tales condiciones no es exagerado decir que, dada su terminología enteramente definida y finita, la palabra sólo sirve para detener el pensamiento: lo cerca, pero lo acaba; no es en suma más que una conclusión” (Artaud: 1978: 133-134).

Por lo que respecta a la nueva concepción histórica, los procesos del pasado adquieren, bajo la mirada postmoderna, un grado de *simultaneidad* con respecto a los procesos actuales. El mito occidental de la Historia sucumbe ante una reformulación

no-dialéctica de tradición y progreso. No se trata de un choque con la modernidad, sino de su desplazamiento y adaptación: “esta nueva modernidad no niega simplemente todo lo pasado, sino que absorbe, desde su planteamiento, todo lo que sea válido en las anteriores, y lo sitúa en un marco más amplio y más matizado” (Volek, 1984: 12). Como en el pastiche de las formas artísticas, la escritura se afirma en tanto que espacio imaginario para el diálogo, en donde las aportaciones de Platón, Descartes o Hegel conviven con las propuestas modernas, así como las obras de los grandes escritores de la tradición se recuperan para perpetuar el diálogo abierto de la escritura. La historia ya no constituye la catalogación de un progreso tecnológico o moral; ésta se muestra como recuperable, se solapa a los acontecimientos presentes, irradia un tiempo-ahora (Benjamin) que dinamiza las fuerzas libidinales de la economía, la cultura, las ciencias y la filosofía contemporáneas.

El proyecto postmoderno consiente asimismo en situar al ser en devenir, puesto que “el ser no es, sino que acontece” (Vattimo, 1992: 69). Las estructuras alzadas por la semiótica se derrumban ante un nuevo paradigma que se muestra, por definición, como lo híbrido y múltiple, aquello que permite el juego mismo de paradigmas y que asume las estrategias y la movilidad de sus recursos: “el posmodernismo construye y destruye a la vez conceptos, afirmando que todo pensamiento opera en términos paradójicos, que da lugar a una multiplicidad de códigos y a una heterogeneidad de paradigmas” (Zacarés, 1998:121). Los grandes sistemas pierden vigor frente a una irrigación de juegos de lenguaje sin jerarquía; los conceptos fundantes de la ontología occidental solicitan de una reformulación, a menudo por la proximidad con una recién descubierta dimensión del vacío en detrimento de un pensamiento anclado en la presencia: “estamos ya regidos por el vacío, un vacío que no comporta, sin embargo, ni tragedia ni apocalipsis” (Lipovetsky, 1986: 10).

2. Poética de la Postmodernidad

En este contexto, la palabra poética tiene una especial relevancia por mostrarse como el modelo ejemplar de transgresión, transgresión que consiente en enfrentarse a las categorías fundamentales de los sistemas teóricos, en sublimar su propia condición, en rescatar la tradición y utilizarla como dispositivo de insubordinación ante una supuesta idea de progreso, en delatar el valor de los procesos paradójicos de pensamiento y en instaurar una ontología del devenir y del acontecimiento:

“la genealogía de la razón postmoderna es incomprensible sin la reivindicación de la palabra poética que facilita extraordinariamente la clausura de las pretensiones totalizadoras. La poesía reaparece como el discurso suburbano que convoca a otra exigencia. Lo poético marca el territorio de lo que puede hacerse: cifrar las diferencias múltiples, narrar los desplazamientos, marcar el permanente cataclismo que ennoblece la inmediatez. Pero lo que apenas se ha comprendido [...] es que la palabra poética no se limita a confesar la inmediatez: la palabra poética llama la atención sobre la precariedad de un olvido que puede ser otro principio –esto es, la re-aparición de un antiguo ejercicio–. Lo cierto es que la poesía recuerda la impertinencia del olvido de lo irreductible” (Rodríguez García, 2006: 126).

La poesía naufraga en el discurso posmoderno, en él y contra él, como subversión de las lacras de un ejercicio de poder que se ha acomodado en determinadas prácticas discursivas, y, al mismo tiempo, como discurso que cuestiona

las condiciones de saber. El saber y el poder, temas que bien podrían definir la trayectoria crítica de Foucault, constituyen el punto de mira de la actividad poética, el lugar desde donde problematizar y cuestionar los límites. Y si el postmodernismo se define, como proponía Jameson (1991), como el proyecto lógico y consecuente con el período económico actual de un capitalismo avanzado, el naufragio del discurso poético en el contexto posmoderno se desdobra a su vez en dos puntos clave. El primero supone constatar el enfrentamiento entre el discurso poético y los discursos de dominancia, por la matriz subversiva de la producción poética en relación con las instancias que detentan el poder. El otro punto se decide en los medios con que la palabra poética reconsidera, en el diálogo con el discurso posmoderno, las grandes categorías de la metafísica (el ser, la verdad, el *uno*); categorías adscritas desde Heidegger al nacimiento de la poesía, frente a la lectura *heideggeriana* del pensador postmoderno Gianni Vattimo, quien circunscribe al discurso poético la capacidad de actuar desde el debilitamiento de estas categorías fundamentales. Caracterizamos así, en un sesgo positivo, la evidente proximidad entre las estrategias poéticas y las estrategias –filosóficas, discursivas, sociológicas– del contexto postmoderno. Más allá de los esquemas cerrados e inmovilistas del estructuralismo o de los grandes sistemas filosóficos que culminan con Hegel, la palabra poética actuaría a modo de *caja de herramientas*, de conjunto de dispositivos transformadores de la postmodernidad y contra ella, una discurso abierto, una *escritura*. Esto es, escritura que se escribe y que debe seguir escribiéndose, en ese gesto que define la historia de Occidente como una escritura plegada –y *plegándose*– en sus mismas alocuciones, dirigida hacia sus laberínticas capas de discursos superpuestos, hasta tal punto que el discurso poético llega a reclamar su lugar más allá de la condición escrita que sustenta la historia misma de nuestra tradición cultural.

3. El “Post” de la Posmodernidad

El prefijo *post* no responde a un rebasamiento de la modernidad, pues el proyecto histórico de superación del pasado ha perdido vigencia, con lo que ahora el presente no supone una determinada mejora de las condiciones pasadas dentro de un simbólico orden jerárquico, sino que por el *post*, por su vaciamiento de sentido, su adscripción a un silencio, se anula la posibilidad misma de superación, de rebasamiento epocal, hasta el punto de romper, por primera vez en el circuito histórico de Occidente, con la lógica del desarrollo. La postmodernidad no habrá de aventajar a la modernidad, pues la modernidad constituía un programa de superaciones que se ha sustraído en el momento presente. La superación no es nuestro relato, no es el discurso que hace mella en el paradigma posmoderno, sino la multiplicidad de paradigmas y juegos de lenguaje conviviendo sin decantar el poder hacia una forma establecida: no hay jerarquías entre épocas, y todas parecen confluir en el presente, a modo de pastiche histórico en donde el vértigo de la moda ha dado paso a la pluralidad y convivencia de estilos. No llega a negarse, por tanto, la modernidad, sino que se hace de la modernidad una cuestión, un vacío presente en nuestro tiempo, un hueco o una pregunta en el corazón mismo de lo postmoderno.

Habría que ver, entonces, el *post* como partícula que a un mismo tiempo pertenece y no pertenece a la modernidad, que la completa y la niega, que enlaza, a manera de injerto no deconstruible, un tiempo con una ausencia de ese mismo tiempo, la modernidad vuelta ya y de forma truncada ausencia de modernidad, reflexión contra sí misma, como si el programa de la filosofía moderna hubiera acabado en la modernidad que se lanza contra sus propios basamentos. El *post*, injerto, excremento, presencia y ausencia a la vez, aplazamiento de la propia modernidad consigo misma, hace que lo necesario de la postmodernidad sea volver a pensar la modernidad,

siendo ya la modernidad lo no igual a sí mismo. No se trata, entonces, de validar el aserto habermasiano según el cuál la expresión postmoderna de la filosofía constituiría una parte del programa de la modernidad y del proyecto ilustrado (Habermas, 1991), sino de enlazar un afuera del concepto consigo mismo, el afuera informe, no programático, en relación no resuelta con el programa: la ley frente a la burla de la ley que no llega a ser una forma de ilegalidad, sino su sombra caricaturesca, su envés irreconciliable.

Porque la postmodernidad actuaría, de algún modo, como *simulacro*, ya que sucede a la modernidad sin necesitarla, como nacida de un vacío, de una ausencia de tiempo que hace posible todas las modernidades, bajo el influjo de una cierta *angustia de definición*. El *post* es la forma no pensable, el vínculo con lo *asignificante*, que construye la modernidad para enfrentarla a sí misma bajo la forma de un espejo deformante y fragmentado. Bajo el relato de emancipación y liberación del hombre que había construido la modernidad, bajo las múltiples formas, los muchos tentáculos y rostros de su discurso, la máscara asignificante, el atributo sin cuerpo, se yergue como lo realmente específico del desarrollo postmoderno. El esqueje del prefijo no hace sino deconstruir la vinculación con la modernidad, esto es, la vinculación con el pasado, con el tiempo, para sacar del *relato de la historicidad* (esa construcción simbólica en la que Occidente lleva varios milenios enfangado) una nueva expresión o vivencia del tiempo ofrecida el enclave postmoderno.

Mediante el enlace, se pierde el rigor de los conceptos, se atemperan las formas presenciales y la necesidad de asistir a la realidad por la certeza de la representación: el prefijo *post* sirve, ante todo, para impedir la referencia plena de la idea que pretende acotar, para asumir su dimensión omnimoda, desunida, variable y diseminada por el corpus total de textos. El *post* nos reenvía constantemente, sin origen ni finalidad, al movimiento sin asideros de la incerteza, a un *eterno retorno* que, ligado al signo, parece agotarlo en un exceso, derrocar su posición dentro del sistema y romper con todas sus virtualidades referenciales.

El signo *post* es el no-signo, el sin-signo, la limadura que poco a poco derruye el signo al que acompaña, que desfigura sus contornos y desgasta su efecto como una forma parasitaria que obstruyera el funcionamiento del organismo del que se alimenta. El signo *postmodernismo* se escenifica, pues, sin referente alguno, sin alcanzarlo nunca, y funcionando justamente en esa imperfección del sentido que anda a la deriva y que parece no poder sortear las trabas de la representación, la conversión de lo real en un excedente de sentido. Si, con Baudrillard, el signo es la exhibición y conjetura del poder que se hace realidad contra la realidad misma, que restituye y crea la verdad mediante la canalización y saturación hasta el punto de acercarnos antes al levantamiento de las múltiples interpretaciones que a los objetos reales, el *post* no haría sino acabar con las certezas desde una suerte de *desgaste* que, más allá de las competencias del poder, supone la ruptura del signo consigo mismo, su propio *impasse* de incertidumbre, su entropía manifiesta a través de la palabra. El signo se transforma en su propio reverso, su propia disfuncionalidad, para funcionar: el desgaste del signo, su usura, es su virtual método de significación, como si en la ruptura se hiciera posible la unión, como si la forma postmodernidad fuera ya, por sí sola, la deconstrucción de la modernidad y no su contrario, esto es, la no-modernidad, la modernidad derrotada, hecha una con su propio proyecto sistemático, o como hubiera señalado Derrida, una palabra que, a la manera del *pharmakon* griego, contuviera al mismo tiempo el veneno y su remedio (Derrida, 1977: 56-57).

4. Conclusiones

Lo postmoderno siempre se ofrece en un naciente y constante, es una suerte de intervalo que sucede, sin más, sin grandes relatos que lo prologuen o preludien: es el tiempo vuelto del revés, la falta de historia, de relato, que aun así no deja de producir, a modo fragmentario, haces inconexos (*paralogías*, en Lyotard, que no llegan a tocarse, paradigmas incompatibles y no legitimados que no se sostienen sobre los mismos basamentos), a modo de reescritura que, al reescribir, pretende borrar, renegociar, las grandes usurpaciones del poder, los juegos de saber que han conformado nuestra cultura y nuestra fricción con lo real. De ahí que el pensamiento postmoderno sea más una *poética* que un *sistema*, y que la palabra poética, en tanto que fuente de recursos de deconstrucción y dinamización del sentido, se corresponda muy cercanamente con la propuesta postmoderna y su disolución de los juegos de saber y poder.

En este marco de transgresión y ruptura, el *post* actúa como prefijo que, antes que construir, negar, apropiarse o relacionar el término al que acompaña, sitúa su experiencia semiótica en una práctica deconstructiva, *deconstruye* aquello que toma por compañero mediante la imposible unión perfectamente evidente por la falta de separación de que hace gala. En la contigüidad entre el prefijo y la raíz se ubica ahora la posibilidad de indicar la no-relación, la *irrelación*, como definía Blanchot (1990) a las formas del *desastre* que configuran la experiencia de la postmodernidad. Se trata de un fracaso de coherencia, una no composibilidad que impide la coexistencia participativa o recíproca. El sentido del término, por tanto, no salta aleatoriamente en la cadena de significantes, entre textos, sin espesarse en un referente concreto, sino rompiendo la espesura de la referencia, apuntando de manera nebulosa, en un flujo de fuerzas que no llegan a sostenerse sobre lo que nombran, como esquirlas que saltaran sobre las cosas y que se cayeran con cada balanceo del lenguaje. La palabra *postmodernidad* está deconstruida, implica ya la imposibilidad de su realización, se ofrece descentrada, muestra un dinamismo inherente que nos impide pensar aquello a que apunta. Su diseño es la quiebra del diseño, una articulación en fuga, abriéndose a un fragmentarismo que no recompone unidad alguna, sino que exige la disfunción y la apertura, la no-codificación, su inasible polimorfía. La palabra *postmodernidad*, podríamos aducir, no está entera, no está completa, pues sus fragmentos remiten al vacío, a la incompletud, sin metadiscurso omnicomprendido alguno que anude de manera exitosa sus hilachas, y aún así su funcionamiento queda patente: la indecibilidad del término se torna estratégica, su supervivencia se constata por el error en que es sustentada. *Post* actúa desde el interior, aun estando afuera, minando desde el centro mismo de la modernidad sus líneas de fuerza, sus discursos autorizados y la autoridad misma, en un juego de poder en donde es el poder mismo el que pierde, y no ya un poder sobre otro.

Bibliografía

- ARTAUD, Antonin (1978): *El teatro y su doble*, Barcelona, Edhasa.
- BENJAMIN, Walter (1973): *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus.
- —(2006): *Obras. Libro I / Vol. 1*, Madrid, Abada.
- BATAILLE, George (1981): *La literatura y el mal*, Madrid, Taurus.
- BAUDRILLARD, Jean (1987): *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós (3ª ed.).
- BLANCHOT, Maurice (1970): *El diálogo inconcluso*, Caracas, Monte Ávila.
- —(1990): *La escritura del desastre*, Caracas, Monte Ávila.

- DERRIDA, Jacques (1977): *Posiciones: entrevistas con Henri Ronse*, Valencia, Pre-Textos.
- FOUCAULT, Michel (1994): *Microfísica del poder*, Barcelona, Planeta.Agostini.
- —(1999): *Obras esenciales. Vol 1, Entre filosofía y literatura*, Barcelona, Buenos Aires, Paidós.
- —(2002): *El orden del discurso*, Barcelona, Fábula (2ª ed.).
- HABERMAS, Jürgen (1991): *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus (1ª reimp.).
- HEIDEGGER, Martin (2000): *El ser y el tiempo*, Madrid, Fondo de Cultura Económica (10ª reimp.).
- JAMESON, Fredric (1991): *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós.
- LIPOVETSKY, Gilles (1986): *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
- LYOTARD, Jean-François (2004): *La condición posmoderna: informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra (8ª ed.)
- NIETZSCHE, Friedrich Wilhelm (1962): *Obras completas*, Madrid, Aguilar (5ª ed., 5 Tomos).
- RENARD, Jean Claude (1982): *Lenguaje, Poesía, Realidad*, Buenos Aires, Docencia.
- RICOEUR, Paul (2003): *El conflicto de las interpretaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, José Luis (2006): *Crítica de la razón postmoderna*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- RORTY, Richard (1989): *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra (2ª ed.).
- SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés (1985): *La luz negra*, Madrid, Júcar.
- VATTIMO, Gianni (1992): *Más allá del sujeto*, Barcelona, Paidós (2ª ed.).
- VOLEK, Emil (1984): *Cuatro claves para la modernidad*, Madrid, Gredos.
- ZACARÉS, Amparo (1998): *Filosofía y poesía*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.